



# BUEN AÑO DE CAZA



Se acabó la temporada de caza. Sin duda ha sido una de las mejores que recordamos. La primavera fue ideal: creció una hierba alta que dio refugio y comida a las polladas de perdiz, que criaron sin problemas. Se vieron liebres, y qué decir de los conejos, que abundaron hasta límites casi toledanos. A mí me pilló el inicio de la temporada sin la Jara, mi vieja Pointer, que murió este verano, no sin antes regalarme unas preciosas muestras a las codornices.

Así las cosas, ya sabéis aquello de "A rey muerto, rey puesto", adquirí una preciosa cachorra de Braco Húngaro de muy buena casta a la que bauticé con el nombre de Tea por su encendido color y sus secas carnes. Ni que decir tiene que Tea ha tenido buen año para aprender. También el que escribe lo pasó en grande observando su buscar metódico y sus expresivas muestras.

No obstante, y aunque resulte paradójico, algunos días no me he sentido del todo a gusto con mi conducta hacia el campo y precisamente han sido los días en que más caza llevé a casa. Tal vez algunos de nosotros no hemos sabido encajar la generosidad del campo; como niños traviesos que descubren el frasco de los caramelos y los quieren coger todos. Desde mi modesta opinión, es fácil olvidar que nuestro coto no hace demasiados años ha pasado por muy malos momentos. No hemos sabido entender que de "la madre" que dejamos este año se tendrá que apa-

ñar el campo para criar la próxima temporada. No todos hemos sabido colgarnos un par de piezas, comernos el bocadillo e irnos a echar la partida al bar y un palo a la estufa.

¿Estamos preparados para la abundancia? Yo creo que no. En más de una ocasión me he sorprendido pisando un enebro, que la perra no había mirado, y al segundo he pensado: "si aquí hay un conejo y los perros no dieron con él, quizás la actitud más noble sería dejarlo estar".

Lo más ridículo de todo esto es que normalmente nos parapetamos en reflexiones absurdas como "...que si no lo mato yo, lo mata el que viene detrás"... "que si pasados días que venimos al pueblo"... "que si tengo un cachorro y si no, no aprende"... ¡Todo pamplinas! He llegado a ver a perros que no confían en su propio instinto y pasan a un segundo plano, observando con expresión atónita cómo su dueño pisotea enebros y cambrones con total entrega, emulando al mejor de los podencos.

De ésta y otras maneras vamos dando la razón a las administraciones que cada día más desprenden un "verde" tufillo, y que finalmente son las que acaban regulando o prohibiendo, en el peor de los casos, actividades como la caza, sin (en algunos casos) conocer en profundidad el terreno y su problemática particular.

A pesar de lo dicho, y para no ser en exceso catastrofista, cierto es que en general las nuevas generaciones de cazadores entienden que no es más cazador el que más caza. Es algo más complejo.

Adoro la caza desde niño; es parte de mí. Tal vez porque no me conformo con ser parte del decorado y verlo todo desde el sofá. Mis instintos me lo impiden y me obligan a querer ser actor principal. A sentir el aguanieve y el cierzo en mi cara, el olor de la ajedrea en mis botas o el calor del polvoriento rastrojo estival.